

poema extraviado

jugábamos a amar decir de junio
robando el aire de todos los andenes
luna sin mácula en la máquina del tiempo
pasión presagio insurrección presencia
de ameba ingravida motín del usufructo
con que deambula tu labio sobre agosto
tus ojos marzos sus cejas sin ocaso
tus dedos sin rubor y sin espumas
ni puente azul ni barandilla al mar
ahora que junio gotea tristemente
con ritmo acerbo de vaivén sin puertas
y entra su adagio tallando las campanas
vuelvo yo al aire a la mañana limpia
para tomar las riendas del café temprano
sobre la mesa amor sentir desnudo
el roce leve de tu yedra amable
hacia tu nuca adulta en recatada absenta
-raiz de luz por siempre perdurable-
oigo mi voz gorjeo intermitente
rodar de letras sobre la hoja en blanco
y así adentrarme entre rojos inconcretos
para saber que sangre sudan los rosales
de cualquier forma sentirte junto a mí
abarloando acopios fuegos manos
fugaces brotes de abril delgadas formas
que amerizan tu talle en estas aguas
oscura cala amor y aún más amarga
si dormita Minerva junto al nácar
y el viento ciñe su clamor de espada
aullido torpe que tan triste acecha
como hilo en el regazo de Penélope
ahora que octubre sesteá entre lavanda
y pancartas pergamino de oro seco
y yo callo en esta fecha en que te digo
el calor de tu ribazo tierna ornada
yerma cólquida de pájaros enfermos
ahora que al fin desde este lado de la sombra
ausculto el índice letal de tu jadeo
y bajan ónices labiados en tu nombre
y las doradas iniciales de otras horas
en que jugábamos a urdir la primavera
en que jugábamos a amar por eso quiero
clave de espacio insurrección arrojado
apócopos del alza en rebeldía
junto a lo mucho que destruyen las canciones
jugábamos a ser broza de dos nivel final
razón para la luz del antedía...

PABLO GONZALEZ

DE LANGARIKA



LLORA LA LEJANIA DEL AMIGO

Ultima revuelta, sólo es signo de poder la muerte,
o lar cerrado, hábito infeliz, final posada.
Sobre su mármol fúnebre, invita Juan Sin Miedo
a la ración postrera que el peregrino apetece:

“Roberto, Roberto...”, del álamo al ciprés, el aire silba.

A su orilla, al sur, adolecen jóvenes inanes,
desarbolados países violinistas y asesinos,
doncellas albas que a un dios temible
encendieron la llama que a su Rey maldijo.

“Roberto, Roberto...”, suenan los silbos del Monte Mago.

JUAN JOSE TELLEZ RUBIO